

1.° de Febrero de 1907. Año IV. N.° 75.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.° Apartado en Correos núm. 336.

Momento en que el coronel subinspector del tercer tercio impuso las cruces al primer teniente D. Emilio Maillo y á los diez individuos que le acompañaron en el servicio que prestó capturando en Castellfullit del Boix á la partida carlista, á cuyo acto asistieron las fuerzas de las comandancias de Caballería é Infantería de Barcelona y Gerona y fué honrado con la presencia del excelentísimo señor capitán general de la región, D. Arsenio Linares, que dirigió frases de elogio al oficial é individuos citados, concurriendo también Comisiones de los Cuerpos de la guarnición.

Fot. del Sr. Roselló.

Lo que dicen los muros de la Conserjería (1)

En la hora presente, en que se trata de destruir los locales de la Conserjería, de París, creemos interesante dar á conocer á los lectores del Museo Criminal *algunos datos de esta prisión, que fué morada de tantos criminales, de tantos héroes y de tantas víctimas de la Revolución francesa. Veamos cuál fué la vida y actitud de estos prisioneros tristemente célebres ó gloriosos.*

Cierta tarde del año 1613, un actor del pequeño teatro del hotel de Bourgogne, llamado Gros Guillaume, divertía grandemente á la concurrencia imitando con variados gestos, ciertos vicios del cardenal Richelieu. Este cardenal, aquella tarde de buen humor, encontró la farsa graciosa, pero queriendo continuarla á su manera, fingió sentir una viva cólera é hizo encerrar por algunas horas al infortunado comediante en la Conserjería.

Apenas Guillaume se encontró entre los gendarmes se puso

(1) Algo hemos hablado ya de esta prisión en nuestro núm. 34, de 15 de mayo de 1905.

á temblar, pero su angustia fué verdaderamente espantosa al encontrarse en un calabozo glacial y sombrío y al decirle sus carceleros: «Estás en la celda de Ravaillac.»

Cuál sería el terror y cuáles los pensamientos sombríos que asaltarían al pobre actor durante la noche, que á la mañana siguiente, al abrir su celda para darle la libertad, lo encontraron sin vida sobre su cama.

Aun en nuestros días, cuando se pasa por delante de la Conserjería se siente un intenso frío y se evocan recuerdos de dolores y crímenes cometidos durante los tiempos de Luis XV, del Terror y de la restauración.

Hasta el siglo XVI, los presos de la Conserjería fueron gentes insignificantes. En tiempo de Francisco I ya hallamos un nombre célebre, Saint Vallier, condenado á muerte por crimen de lesa majestad.

Menos de un siglo más tarde, en sus muros se abrigó el matador de Enrique IV, Ravaillac, quien salió de la Conserjería para ser descuartizado en la plaza de la Grève.

Leonor Galigay, mariscal de Ancre, convicto en 1617 del crimen de lesa majestad, debía á su vez habitar la misma prisión antes de ser *«decapitado en la citada plaza y quemado su cuerpo hasta reducirse á cenizas, según sentencia del Consejo Parlamentario, con fecha 8 de julio de 1610»*.

Desde entonces, en la Conserjería no fueron encerrados sino aquellos grandes criminales que sólo esperaban la hoguera, la cuerda ó el martirio. Allí se encontraron asesinos tales como la marquesa de Brinvilliers, célebre envenenadora ejecutada en 1676. Damiens, lacayo, que fué atenaceado en el pecho, descoyuntado con el terrible suplicio de la rueda y después quemado vivo, por dar una puñalada á Luis XV.

Pero una nueva gloria estaba reservada á la *casa de fuerza;* debía servir de terrible hostería ó dormitorio antes de llevar sus cabezas al cadalso, á todos aquellos que fueron honor ó vergüenza de la Revolución francesa.

La Conserjería se transforma; sus calabozos siguen húmedos, sombríos, en ellos se corrompe la paja que sirve de lechos. Un olor insoportable sale de aquellas celdas, moradas de ratones, donde los condenados se ven obligados hasta á hacer sus necesidades. Sin embargo, los prisioneros pueden comunicarse los unos con los otros; los hombres y las mujeres, separados durante la noche, se abrazan durante el día. Mediante dinero se procuran relativo *confort*. En efecto, al principio se pagaba por una cama 27 libras por el primer mes y 22 por el segundo.

Al llegar Robespierre al poder, raramente una cama conservaba durante un mes el mismo propietario. Los cincuenta lechos de la Conserjería cambiaban casi diariamente de ocupante (se les obligaba á pagar el mes adelantado), llegando á recaudarse de 18 á 20.000 libras.

En estas inmundas celdas, tan infectas que Beauregard (uno de los pocos que tuvieron el honor de ser absueltos por el tribunal revolucionario), tuvo que cubrirse durante toda una noche para salvar sus narices y orejas de las ratas, abandonándoles sus calzones, que *devoraron inmediatamente;* en estos calabozos, repetimos, terribles enfermedades acababan en pocas horas con los infelices reos. A pesar de tantas miserias y horrores, los prisioneros encontraban medios de distraerse.

Las mujeres, en *toilettes* elegantes, se entretenían en lavar sus ropas, allí se *flirteaba*, como decimos hoy día; más allá un grupo juega á las cartas; se hacen visitas de un calabozo á otro y hasta magníficos versos, que en gracia á la brevedad no reproducimos.

Al llegar la noche se daban grades espectáculos: los prisioneros figuraban los jueces y jurados del tribunal revolucionario. Dos de ellos representaban al acusado y defensor. Extendido sobre una tabla de la cama, el acusado sufría con heroísmo el simulacro de su decapitación; después de tremendas ejecuciones, el acusador hacía de acusado y era á su vez ejecutado.

Los carceleros, teniendo un exceso grande de trabajo, se auxiliaban en la vigilancia por perros. En particular uno de ellos, de talla enorme, llamado Ravage, era verdaderamente temido. Sin embargo, una noche se evadieron varios presos, á pesar de la vigilancia de este incorruptible guardián. A la mañana siguiente, al hacer su ronda, se encontraron los carceleros vacíos los calabozos y á Ravage que se paseaba impasible y orgulloso, llevando atado al cuello un sobre conteniendo cinco francos y estas palabras escritas: *Se puede sobornar á Ravage, con cinco francos y unos cuantos pies de cordero.*

Pasado este período, las entradas en el registro de la Conserjería decrecen, pero éstas son fuertemente *sugestivas*. El 23 de abril entró Marat, quien puesto bien pronto en libertad, fué apuñalado por Carlota Corday. En noviembre, el general Custine; Philippe Egalité condenado como conspirador, que dormía sobre un lecho de cañizos en el comedor del conserje, y cuyo traje se componía de frac azul, chaleco de piqué blanco y una gorra, según dicen, de piel humana; Bally, antiguo alcalde de París; Mme. Roland, Mme. Elisabeth, hermana de Luis Capeto y cuñada de María Antonieta.

Condenado por Robespierre, Danton, después de haber salvado la patria, entró en la Conserjería con la frente alta y la mirada insolente. Dominado á veces de terrible cólera, rugía más bien que gritaba, en su calabozo: «¡Creéis que podéis pasar sin mí, imbéciles! ¡Os engañáis!» Y cogiéndose la cara entre sus crispadas manos, continuaba: «¡Ya veréis el vacío que deja mi cabeza!»

Momentos antes de subir al cadalso, durante la *toilette*, dijo al ayudante del verdugo: «¿A qué tanta labor? ¡Eso es bueno para los imbéciles que nos miran desde la calle!» Y de súbito, al pie la guillotina, con los puños crispados y la camisa desabrochada, grita: «¡Verdugo, te exijo enseñes mi cabeza al pueblo! ¡Bien merece la pena!»

Carlota Corday, querida de Marat, también habitó aquellos calabozos. Según los que la vieron en su prisión, en ningún momento manifestó la menor emoción. Llamada por el tribunal, dice al conserje: «M. Richard, concededme que desayune con vos á mi regreso. Mis jueces, sin duda, están resueltos, y quiero echar mi último párrafo con vuestra esposa y con vos.»

Algunos instantes antes de la ejecución, contestaba al cura llamado para confesarla: «No tengo necesidad de vuestro ministerio. La sangre que he derramado, y la mía, que ahora voy á verter, son los únicos sacrificios que puedo ofrecer al Dios Eterno.»

Su valor sereno hizo exclamar á Vergniaud: «¡Ella nos enseña á morir!»

* * *

Hasta aquí, los prisioneros habían entrado individualmente en esta cárcel. La noche del 30 de septiembre se abrieron sus puertas para dar paso á los *Girondinos*. La reina María Antonieta permanecía aún encerrada en la Conserjería, de modo que el mismo techo cobijaba á una reina destronada y á aquellos que la hicieron caer del trono.

Muy temibles estos vencidos, fueron encadenados y colocados en una sala aparte de los demás prisioneros. Les estaba permitido comunicarse con sus mujeres, hijos y amigos.

Pero Robespierre no dejaba su presa; las cabezas de los *Girondinos* eran el precio de su fuerza. Entre ellos había bastantes genios capaces de causar la admiración del pueblo, y Robespierre no había escuchado con tranquilidad el relato de la entrevista que Vergniaud, en completo estado de miseria había tenido con su cuñado Limoges, que fué á llevarle algún dinero. Como el niño de Limoges, de diez años de edad, viera á su tío tan descompuesto, los cabellos tan revueltos, la barba inculta, asustado se refugió en su padre, pero Vergniaud le coge en sus brazos y le dice: *«¡Mi niño, serénate y mírame bien, querido; cuando seas un hombre, tú dirás que has visto á Vergniaud, al fundador de la República, en sus mejores tiempos y en las más gloriosas costumbres de su vida; aquellos en los que sufría la persecución de los malvados y se preparaba á morir por los hombres libres!»*

Con su fogosidad meridional, ante las barreras infranqueables que les apartaban del mundo, los Girondinos entonaban en sus calabozos el himno á la libertad y su menosprecio y burlas de los tiranos revolucionarios. En la antigua capilla, que hoy día se llama *sala de los Girondinos*, recobraron horas de entusiasmos perdidos. Nada podrá igualar á la grandeza del discurso que su compañero Bailleul, diputado, les había pronunciado la tarde de su condena. Por la noche se sentaron á la mesa y cenaron en silencio. Después, casi todos se entregaron á un profundo sueño, y al despertar de él, todos marcharon gloriosos al suplicio.

* * *

Si las piedras pudieran reproducir las palabras que oyen, Robespierre, prisionero á su vez en la Conserjería, hubiera escuchado las imprecaciones de sus víctimas, en su calabozo ve-

cino al de María Antonieta, reina de Francia, transportada en la noche del 2 de agosto de 1903 á la Conserjería:

He aquí la acusación:

«*La llamada María Antonieta, dicha de Lorraine y de Autriche, viuda de Luis Capeto, prevenida de haber conspirado contra la seguridad del pueblo francés, es recomendada á la diligencia del acusador público del tribunal revolucionario.*»

Se ha escrito tanto sobre la estancia de la reina en su prisión, que su recuerdo va constantemente unido á la historia de la Conserjería.

A poco de empezar su cautiverio, agravóse éste por haberse tenido conocimiento de una tentativa de evasión, y desde entonces fué trasladada al local de la farmacia, siendo objeto de una extremada y dolorosa vigilancia. A fin de impedir toda comunicación con el exterior, la gran ventana fué tapada por una placa de latón y gruesos barrotes de hierro. La ventana de la enfermería se condenó completamente. El mobiliario, muy rudimentario y reducido. En esta triste cámara, en la que el sol no penetraba jamás, María Antonieta escuchó impasible su sentencia de muerte. Los servidores de la prisión se portaban bien con ella. Cierto día, al hacer uno de ellos la compra para la Conserjería, y no encontrando las legumbres de su gusto, le dijo la vendedora con tono de chanza:

—*¿Son para algún personaje importante?*

—*Sí...; para una persona que ha sido muy considerable... para la reina.*

—*¡Ah! Pobre mujer*—dice la vendedora—, *tomad lo que más os agrade y no me paguéis nada por ello.*

El mismo día, un gendarme oyó murmurar á la reina que la incomodaba el humo, y en el mismo instante tiró su pipa.

Vivió así dos meses y medio y murió sobre el cadalso el 16 de octubre de 1793, á la edad de treinta y siete años. Se ha encontrado en los archivos nacionales el inventario de las ropas que quedaron á María Antonieta después de su ejecución, y causa gran melancolía pensar con qué pobreza acabó sus días aquella que fué reina de Francia. Su orgullo no cejó ni un instante. El día de su ejecución colocaron una plancha en la puerta de su calabozo para obligarla á inclinar la cabeza, pero ella consintió herirse profundamente en la frente antes de doblegarse. María Antonieta fué una de las últimas víctimas del reinado del Terror.

De 1793 á 1815, la Conserjería no cuenta con más huéspedes ilustres. Pero cuando los emigrados volvieron á entrar en Francia, después de los *Cent-Jours* y *Waterloo*, la Restauración triunfante, encerró en los mismos calabozos donde habían dormido los defensores de la monarquía, á los fieles servidores de Napoleón I.

El mariscal Ney (1) allí estuvo antes de su muerte, en compañía del conde de La Vallette y del general Labedoyère.

Las páginas heroicas de la Conserjería se han acabado. En la vieja prisión yo no se encierran más entusiasmos, más grandes hombres, más mártires, sino sencillos criminales. El calabozo que fué de Ravaillac, sirvió después para Loubel, asesino del duque de Berry, y condenado á muerte el 7 de julio de 1820. Fieschi (2), después de su tentativa de asesinato en la persona del rey Luis Felipe, tuvo por celda la de Damiens.

De nuevo el silencio se cierne sobre la Conserjería.

Esta ráfaga sangrienta ha corrompido los muros, é insalubre é incómoda, la Conserjería no es hoy día más que un monumento curioso, en que la historia trágica se pierde y se forjan leyendas; no es más que un rincón pintoresco de ese viejo París que, poco á poco, se modifica, se abisma, se demole bajo el golpe de la piqueta del obrero... y desaparece.

X

París, Enero, 1907.

(1) Del fusilamiento de este mariscal nos hemos ocupado en nuestro número 72, de 15 de diciembre de 1906.

(2) De este hecho nos hemos ocupado con gran extensión en los números 69 y 70 de 1.° y 15 de noviembre de 1906.

Una amazona de los bulevares.

Triste torneo.



En París, ciudad romántica por excelencia, ha tenido lugar, hace unos días, un crimen del que tenemos conocimiento por la prensa francesa, y que bien pudiera servir para la imaginación de un novelista de folletón, seguro de que tendría gran acogida entre sus lectoras y lectores.

Dos vagabundos, Carlos Faret y Luis Bulot, sin oficio ni beneficio, de la plaga que tuvo gran incremento en París, dos de esos *guapos* cuyo oficio es vivir á costa de las mujeres, se disputaban los favores de la *paloma nocturna* María Comtat, alias *La Reclamo*.

Sin dar cuenta á nadie de sus decisiones, los dos *apaches* celebran consejo, conciertan un duelo cuya única condición era la de que el vencedor quedaría dueño de *La Reclamo*.

En el bulevar Charonne, sitio elegido para el desafío, comienza la lucha y Faret cae en tierra con el pecho atravesado por un cuchillo de grandes dimensiones. En tan crítico momento aparece María, que había sido prevenida por una compañera suya del combate del cual ella debía ser el premio.

Bulot se aproxima galantemente; según su idea, ella no podía resistir ciertamente al vencedor de este original torneo celebrado en su honor. Pero, ¡quién puede conocer el corazón de las mujeres! A la vista del herido, María siente encenderse en su corazón una inmensa pasión hacia él.

—¡Tú que has matado á mi amigo, muere también!,—dice disparando tres tiros á Bulot.

La amazona no desperdició las municiones; herido en cabeza, cuello y pecho, cae al lado de su rival.

Después..., lo de siempre: los agentes atraídos por el ruído de las detonaciones arrestan á la romántica heroína y los dos desgraciados agonizan en un hospital.

MUSEO DE HORRORES

Fanatismo religioso en la India

Hace algún tiempo, un indígena indio, llamado Luttfallah y que se da el pomposo título de *caballero mahometano*, publicó una autobiografía, en la que, además de describir su propia vida, narra algunos notables sucesos por él presenciados, y entre ellos, un entierro celebrado según el ritual de la ortodoxia india, que á continuación transcribimos:

«Un día—dice Luttfallah—estaba yo sentado con el teniente del 24.° regimiento de Infantería indígena, Mr. E. M. Carle, practicando el persa, idioma que yo le enseñaba, cuando supimos que dentro de pocas horas se verificaría en la vecina aldea de Maholi la cremación de una viuda junto al cadáver de su esposo. Esta noticia nos indignó, pues parecíanos imposible que tal crimen pudiera cometerse en las cercanías de una residencia inglesa.

Pronto divisamos la procesión, que al compás de los instrumentos indios desfilaba por delante de la residencia del ministro británico, y apresurándonos á montar á caballo, nos encaminamos al lugar de la ejecución.

Después de un descanso de media hora junto al río y á la sombra de un frondoso pigal, la procesión se acercó al sitio del suplicio, y los bracmanes depositaron en la ribera las angarillas en que iba colocado el cadáver, de modo que los pies de éste tocaran el agua.

A juzgar por su rostro, el difunto era un hombre robusto y como de unos cuarenta años; luego de haberle contemplado, fijamos nuestras miradas en la joven viuda, que, sentada enfrente del inanimado cuerpo de su esposo, se disponía á sacrificarse viva.

Rodeada de sus parientes y de otras personas, en número de veinte, conversaba sin cesar con ellos y contestaba tranquilamente á las preguntas que le dirigían. Era hermosa, contaría unos quince años, y en su encantador semblante no había la más leve huella de angustia. El teniente Carle, gran conocedor del idioma marathi, entabló conversación con ella, y con elocuentes y exaltadas frases intentó disuadirla de su deliberado propósito de suicidio, crimen que las puras doctrinas indostánicas prohiben terminantemente. Pero á todas esas observaciones contestó la joven riendo:

—Por más que me digais, partiré con mi esposo. En el libro del destino estaba escrito que fuera yo su mujer; así es que debo ser su única mujer, en el sentido verdadero de la palabra, y no la mujer de otro. Sólo á él amaba y á nadie puedo ya amar con esta sinceridad. Por esta razón he de ser su compañera dondequiera que vaya. No os esforcéis en disuadirme de mi intento, porque será en vano. ¡Que la paz sea con vos, señor!

Instámosla á que diera oídos á las reflexiones que le hacía Carle, pero la joven, riendo desdeñosamente, contestó que agradecía nuestros consejos, pero que no los necesitaba, y que su resolución era inquebrantable.

Y esto diciendo, rasgó un pedazo de su pañuelo, y mojándolo en el aceite de la lámpara que delante de los cadáveres suelen colocar aquellas gentes, lo arrolló á su dedo meñique y le prendió fuego. Mientras su dedo ardía, la hermosa muchacha departía con los que á su alrededor estaban, sin dar la menor señal de sufrimiento, á pesar de que la sangre se agolpaba á su rostro y de que un copioso sudor inundaba su frente. Para mantener á las víctimas en este estado de paroxismo, se emplean los narcóticos, especialmente el alcanfor, que los implacables bracmanes aplican en grandes dosis á sus futuras víctimas apenas ocurre una defunción, y cuya acción se extiende por todo el sistema nervioso, produciendo un verdadero letargo, de modo que el cuerpo de la desdichada puede decirse que está muerto ya antes de que en él hagan presa las llamas.

La pira estaba terminada. El cadáver fué lavado y colocado entre maderos. La joven viuda, que llevaba atado al cuello un paquetito conteniendo media libra de alcanfor, levantóse ligera, elevó una plegaria á sus dioses y se dirigió corriendo



al sitio donde yacía el cadáver, como se lanza la mariposa hacia la llama que la atrae y ha de consumirla. Después de dar siete vueltas alrededor de la pira, penetró en ella, se sentó, y colocando la cabeza de su esposo sobre su pecho, prendió fuego con una mecha que entre los dedos pulgar é índice aguantaba, á los materiales de fácil combustión que entre los maderos habían sido amontonados. En el entretanto, los bracmanes habían cerrado la entrada de la pira.

Una columna de humo envolvió la pira; los bracmanes y los indígenas invocaron á su dios Navá y mandaron tocar todos los tambores, flautas y címbalos, á fin de que el estrépito de tales instrumentos ahogara los gritos de dolor que tal vez lanzara la víctima.

Cuando las llamas hubieron invadido los cuatro costados de la pira, se derribaron á hachazos los pilares que formaban los cuatro ángulos, y aquella inmensa mole de madera se vino abajo, cayendo sobre la bella y encantadora viuda, que debió quedar aplastada.

Pasados quince minutos, la hoguera quedaba reducida á un montón de cenizas, cesaron entonces los gritos, y la música y los ejecutores de aquel acto se sentaron fatigados á la sombra de un árbol, esperando que las cenizas se apagaran por completo, para arrojarlas al río.

En cuanto á nosotros, volvímonos á nuestra residencia tristes y con el corazón oprimido por la vista de aquel horrible espectáculo, cuyo recuerdo tardó mucho en borrarse de nuestra memoria.»

Industrialismo amoroso.

Con buen palmito, un poco de audacia y algo de conocimiento de las flaquezas humanas, especialmente femeninas, se puede hacer rápida y positiva fortuna.

Claro es que se corre el peligro de caer en las redes de la justicia; pero es tan agradable delinquir y es tan fácil salvar las responsabilidades, que se explican sin violencias esta clase de delitos, de corte especialmente francés.

Diosdado Escole, hijo de un modesto zapatero, y nacido en 1868, sintióse mal avenido con su humilde condición; su físico regular, su corazón ardiente y ambicioso brindábanle más risueños horizontes, y de un salto nombróse á sí mismo conde de San Andrés, para andar por el mundo; se proveyó del correspondiente escudo nobiliario, en el que no faltaba su *campo de gules*, y dedicóse á amar, ó á hacer que amaba.

Hizo pronto en París, en 1902, conocimiento con una joven viuda: en dos años recibió de ella 200.000 francos y como la viuda tenía madre, el conde de San Andrés no desdeñó recibir de ésta en préstamo otros 150.000

Tales sumas le permitieron durante diez y ocho meses tener hotel, sostener numerosos criados y hacer vida elegante y distinguida.

Cuando las dos damas comprendieron que habían sido engañadas produjeron queja, pero al declarar que entregaron voluntariamente aquellas cantidades, el proceso fué sobreseído.

Las miradas del conde dirigiéronse entonces hacia una bailarina de la ópera. El resultado fué menor, pues sólo obtuvo 2.000 francos de beneficios.

Trasladándose á Bruselas, enamoró á Leontina de Courcelles, *demimondaine*. Ilusionada con la idea de que un conde de San Andrés quería amarla y conducirla, casada, á su castillo patrimonial, no cayó en la cuenta de que su sueño le costaba 100.000 francos que había economizado, y los cuales perdió después del pretendido matrimonio.

Sin abandonar Bruselas, Escole encontró una actriz de diez y nueve años, Armandina Van Selder. No tenía más que 2.000 francos y sus alhajas, pero todo lo dió para que el conde pudiera pagar, según dijo éste, *los derechos de una herencia de 300.000 francos que debía recoger en Nancy*.

El aventurero gastó el dinero, vendió las alhajas y..., abandonó á Armandina, la que acudió en queja á la justicia.

Estimó prudente volverse á Francia el famoso conde: instalóse suntuosamente en París y entró en relaciones con un negociante que buscaba un millón para constituir cierta sociedad comanditaria. Acordándose de la bailarina, refirió al negociante que esta mujer tenía un amante riquísimo á quien le produciría verdadero placer asociarse con él proporcionándole la cantidad que necesitaba. Con tal motivo fingió una correspondencia, falsificó cartas, y obtuvo una comisión de 10.000 francos, que le abonó el negociante, el cual espera en vano el millón ofrecido.

A instancias de este último perjudicado se ha abierto nuevo proceso; pero el conde ha huído, buscando nuevo campo para sus empresas.

Esta clase de negocios son muy frecuentes en Francia; ya por gestiones particulares, ya por la intervención de algunas *Agencias casamenteras*, cuyos medios de acción tan extensos como poco lícitos, llevan fácilmente al engaño, los hechos de la índole antes mencionada se ven cada vez más repetidos, lo que demuestra ó que el afán de casarse es muy grande en las mujeres ó que tienen escasa capacidad para distinguir el falso y el verdadero amor.

P. de la P. P.

Un condenado ilustre.

La ley de separación de la Iglesia y el Estado ha producido en Francia una condena poco frecuente; la de S. I. el obispo de Nancy, el cual compareció ante el Tribunal correccional *por ultrajes de palabra y obra cometidos contra un agente de la fuerza pública en el ejercicio de sus funciones*.

El asunto, sin embargo, no podía ser más nimio y trivial; tratárase de cualquiera otra personalidad y no merecería la más ligera mención, pero la calidad del querellado dió al caso extraordinario relieve. El 12 de diciembre último, monseñor Tuniraz fué expulsado de su palacio por la ley de separación dicha; abandonólo á pie y escoltado por una masa de fieles que le aclamaba; sobrevino la colisión con la Policía; una señora se quejó de las formas algo bruscas del agente Meyer y esto dió origen á que el obispo censurase el proceder de aquél, tocándole la espalda al llamarle la atención para dirigirle sus censuras.

Monseñor Tuniraz en la Audiencia no ha negado el acto realizado, pero sí la intención de violencia alguna, limitándolo á la manifestación del deber que tenía de defender á su feligresa. Estas razones no convencieron al Tribunal, el cual le ha impuesto '50 francos de multa.

¡Hermosa lección para ciertos personajes españoles, los cuales, por llamarse diputados, se juzgan autorizados para avasallarlo todo, y especialmente á los modestos funcionarios de la Policía!

El trabajo en las prisiones.

En 1904 trabajaban en las once casas centrales francesas, dos penitenciarías agrícolas, 367 casas de correcciones, 27 establecimientos de educación correccional, 17.190, que representa cerca del 90 por 100 de la población penal.

Entre las industrias explotadas por el Estado merece citarse la imprenta de Mehm, y los tejidos para la fabricación de cepillos. Hay también la industria de camas y muebles, lo que produce un beneficio aproximado de dos millones y medio de francos.

Los objetos fabricados son numerosos: agujas, cadenas, cerillas, botones, bordado, calzado, enseres de relojería, etc.

Festín macabro.

María G.., preciosa cocinera, habiendo heredado una bonita suma de su señora, se fué á vivir en compañía de una hermana suya, que hacía vida marital con un obrero. María no



disfrutó mucho de su fortuna: á los pocos días murió de una pulmonía. Su hermana se apoderó de todo el capital en metálico, é invitando á todos sus amigos, se dieron el gran festín en la misma cámara mortuoria, junto al cadáver.

Hace días hemos remitido á nuestros nuevos suscriptores «Los dramas de París», el «Mapa criminalista» y lo atrasado del segundo tomo de «Los tres Mosqueteros». Sin embargo, como la primera de las novelas indicadas se agotó, muchos suscriptores habrán recibido en su lugar el primer tomo de «Los tres Mosqueteros». Este tomo, que consta de 192 páginas y grabados á toda plana, se envía certificado, mediante el pago de una peseta.

También están encuadernadas las colecciones del MUSEO CRIMINAL correspondientes á 1905 y 1906, al precio de 5,50, certificadas.

MUSEO CRIMINAL se ha complacido regalando al teniente Sr. Maillo y guardias á sus órdenes, que capturaron á la partida carlista levantada en armas en Cataluña, unas magníficas láminas con el relato del servicio y fotografía de la fuerza. Lo mismo se propone hacer con todos aquellos servicios que, por su gran importancia, se hagan acreedores á ello.



Entonces José, en su calidad de limosnero del inquisidor, se levantó del sillón en que estaba sentado, recibió de las manos de un diácono un paquete de papeles impresos y una caja que contenía gran cantidad de placas de metal, en las que estaba grabada la efigie de Cristo, rodeado por un sol.

Adelantáronse los aspirantes á la afiliación, uno después de otro; subieron las gradas del trono, y arrodillados á los pies de monseñor Arbués, recibieron individualmente de sus propias manos una de aquellas placas y un impreso que José les presentaba á medida que iban pasando.

Este papel contenía las instrucciones necesarias á los familiares para obrar en todas circunstancias, según las reglas ó intenciones del poder á quien se sacrificaban. La placa de metal era una señal distintiva, ó una contraseña que les servía para reconocerse por todas partes, y unirse para un objeto común, cualesquiera que fueren sus antipatías ó enemistades particulares.

Mientras la distribución, que duró veinte minutos, el inquisidor había levantado continuamente la vista hacia el joven Carlos, que permanecía detrás de todos con el aire de un hombre vivamente contrariado, y hacia la tribuna del duque de Mondéjar en que éste guardaba una apostura bastante embarazada, al paso que el duque de Medinaceli lanzaba terribles miradas á su nieta, como para decirle: «¡He aquí el hombre que has elegido!»

Don Carlos no se atrevía á mirar á su amada; pero cuando no hubo nadie delante de él y le tocó el turno de recibir «el santo», se adelantó temblando como un azogado hasta los pies de monseñor Arbués, y recibió con mano trémula las insignias de su nuevo carácter.

—Don Carlos de Herrera—le dijo el inquisidor en voz baja—, ¿tenéis que acusaros de algo?

Don Carlos se inclinó sin responder, y en aquel momento hubiera querido hallarse á cien pies debajo de tierra.

Volvió á bajar lentamente las gradas del trono, y fué á confundirse entre la multitud de nuevos familiares, que se habían despachado y colocado por sí mismos en semicírculo delante del trono inquisitorial.



Reinaba el más profundo silencio en la iglesia.

Este singular espectáculo era para la población sevillana infinitamente interesante y fecundo en emociones diversas. Todas las miradas se dirigían hacia el altar mayor.

Monseñor Arbués se levantó con su gracia y majestad acostumbradas de su sillón dorado, bajó orgullosamente las gradas del trono, cual corresponde á un príncipe de la Iglesia, y seguido de José, que permanecía á su izquierda, se detuvo delante de D. Carlos, que cerraba el círculo á su derecha.

Don Carlos se sonrojó y bajó los ojos, porque no pudo soportar el brillo de la mirada que monseñor Arbués le lanzaba.

Entonces, con aquella voz llena, breve, imperativa, que en ciertas circunstancias sabía tan bien tomar el tono de mando:

—Don Carlos de Herrera—dijo el altivo dominico—, ¿juráis consagraros en cuerpo y alma al servicio de nuestra santísima religión católica, apostólica y romana?

—¡Lo juro!—respondió con voz resuelta el joven señor castellano, no viendo en ese juramento nada que debiese alarmar su conciencia de leal caballero.

—¿Juráis no escuchar jamás esas doctrinas corruptoras y apestadas de los impíos del Norte que se llaman filósofos y reformadores, y no alentarlos de ningún modo?

—¡Lo juro!—repitió D. Carlos.

—¿Juráis no dar jamás asilo ni protección á hereje ni á hombre perseguido como tal por el santo Tribunal de la Inquisición?

Don Carlos, sin responder, levantó sus ojos hacia el severo rostro del inquisidor, porque ese juramento le parecía atroz. Monseñor Arbués frunció las cejas como el Júpiter olímpico, y el joven, dominado por esa soberbia expresión de despotismo y de autoridad, tartamudeó con voz ininteligible:

—¡Lo juro!

El inquisidor pareció contentarse; y luego, en tono resuelto y penetrante, añadió:

—¿Juráis perseguir con la palabra y la espada á todo marrano, morisco, judío, cristiano judaico ó luterano; denunciarlos al santo Tribunal para la mayor gloria de Dios, y entregarlos, aun cuando fuesen vuestros huéspedes, sea porque les hubiéseis oído proferir herejías, sea que les hubiéseis visto cometer acciones que indicaran se han descarriado del verdadero camino de la salud, sea que sólo los tuviéseis sospechosos de no ser adictos de corazón y de alma á nuestra santísima religión, ó que viéseis que despreciaran alguna práctica, sea, en fin, que en su casa hayan tolerado alguna negligencia análoga por parte de alguno de los suyos?

—¡Monseñor! ¡monseñor!—dijo en voz baja el caballero con indecible angustia—, lo que me exigís es propio de un espía, de un...

La terrible mirada de Pedro Arbués clavó la palabra en la garganta del joven; sus labios quedaron entreabiertos y cual tartamudeando letras, de modo que parecía que hablaba bajo; pero, en realidad, nada decía; aquéllo era una convulsión de la boca.

El inquisidor, contento al parecer, continuó con el mismo tono:

—¿Juráis estar siempre pronto á marchar para el servicio de Dios al primer llamamiento de sus representantes, aun cuando estuviérais al lado de un amigo moribundo, ó en la cabecera de la cama de vuestra madre agonizante?

Los ojos del joven quedaron fijos y horrorizados, y sus cabellos se erizaron de terror.

—¡Perdonad, perdonad, monseñor!—murmuró en voz baja.

Sólo el inquisidor y José oyeron estas palabras, mas Pedro Arbués demostró no comprenderle, y añadió cargando el acento en cada palabra:

—¿Juráis renunciar á todos los vínculos de amistad ó de familia, cuando se trate de la causa de Dios...? ¿y denunciar sin restricción á vuestros hermanos, hermanas, esposa, madre, padre y aun á vuestros hijos, si llegaseis á descubrirles sentimientos contrarios á nuestra santa fe católica?

A estas últimas palabras D. Carlos volvió en sí por un vivo sentimiento de indignación, y levantando orgullosamente la cabeza, dijo con voz firme, pero sin escándalo:

—Monseñor, no juraré esto, no seré á la vez un denunciador y un infame. Tomad —añadió con amarga ironía, volviendo al inquisidor el santo y el Cristo que le habían entregado—; soy indigno de tal honor; guardad esto para otro servidor más adicto.

Al propio tiempo lanzóse del sitio en que estaba, atravesó el círculo viviente que le rodeaba, pasó por entre la multitud arrodillada, y salió sin volverse, como si volviéndose hubiese temido que se desplomara sobre él la iglesia.

El duque de Mondéjar y su yerno se estremecieron de espanto y de enojo. Isabel lloraba sin comprender lo que había pasado, y la multitud, escandalizada, aguardaba con la boca abierta la explicación de este enigma. Sólo José parecía impasible en medio del general espanto; únicamente una sonrisa imperceptible y sarcástica levantaba los ángulos de sus labios expresivos.

Arbués levantó al cielo una mirada de inspiración, y dirigiéndose á la asamblea, dijo:

—Hermanos míos, ese joven estaba en pecado mortal, y se ha hecho justicia juzgándose indigno de participar hoy de esta santa ceremonia... Oremos por él, hermanos míos—añadió arrodillándose.

Todo el mundo imitó al inquisidor. Oraron unos diez minutos, durante los cuales Pedro Arbués pudo enfrenar su cólera y componer su fisonomía.

Cuando se levantó, su rostro no tenía ya el menor vestigio de emoción y de cólera; estaba digno, tranquilo, impasible, cual una cabeza esculpida.

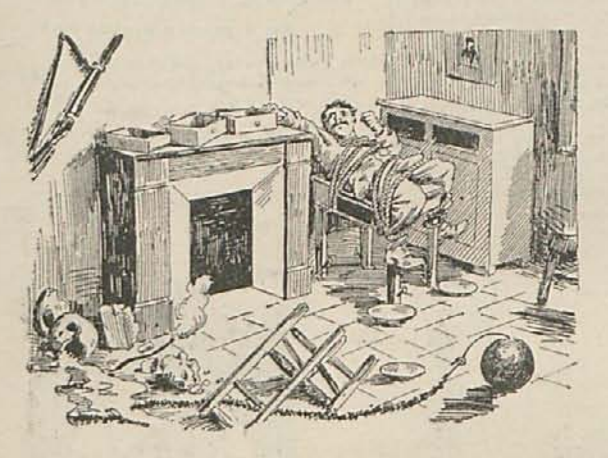
Volvió entonces á empezar la fórmula del juramento, á la cual todo el mundo respondió con alegría y sin resistirse.

Aquel día las filas de la milicia de Cristo se engrosaron con más de doscientos miembros, y en la misma noche las cárceles del Santo Oficio contaban con un preso más.

(Continuará.)

Solución al "Gran Concurso de Serenidad".

El sargento X ha quitado sucesivamente los cajones de la cómoda y mesa, y colocando sobre la chimenea, primero el uno, que ha sido empujado por el segundo, y éstos á su vez por el tercero hasta derribar el busto colocado en la chimenea, que al caer rompe la vasija que hay al pie, y vertiéndose el agua que dicha vasija contiene, moja extraordinariamente la mecha é impide la propagación del fuego y, por lo tanto, la explosión. (Véase el grabado.)



Cerrado el plazo de admisión de soluciones el día 25 del pasado, á las doce de la noche, y habiéndose procedido al recuento y revisión de las soluciones recibidas, hemos obtenido los resultados siguientes:

Las soluciones remitidas ascienden á 4.340. En honor á la verdad hemos de decir que ninguna de ellas ha sido la verdadera, á pesar de que todas son muy posibles é ingeniosas.

Las más aproximadas son aquellas que dicen *que el sargento se valió de un cajón ó del busto colocado en la chimenea para arrojarlo sobre la vasija, romperla y verter el agua para que al mojar la mecha se impediera la explosión.*

Los suscriptores que así lo resuelven han sido: Roig; Hernández Martín; Hanch; del Valle; Arribas; López Arce; Porquerd; Rodríguez Ruiz; Garate; Vericat; Molina; Zorrilla; Izquierdo; Casado; Fernández Ramos; Herraiz; García Fernández; Wolgeschaffer; Muriel; Javega; García Mansilla.

Hecho el sorteo como indica la base 3.ª, han resultado agraciados los señores siguientes:

Primer premio: **Virgilio Porquerd Morera**, Valdemoro (Madrid).

Segundo premio: **Isidoro Vericat**, Figueras (Gerona).

Tercer premio: **Bonifacio Garate Oset**, Villamayor (Zaragoza).

Cuarto premio: **Saturnino García Mansilla**, Hornos (Jaén).

Quinto premio: **Francisco Javega Martínez**, Villamalea (Albacete).

Sexto premio: **Jesús García Fernandez**, Puigcerdá (Gerona).

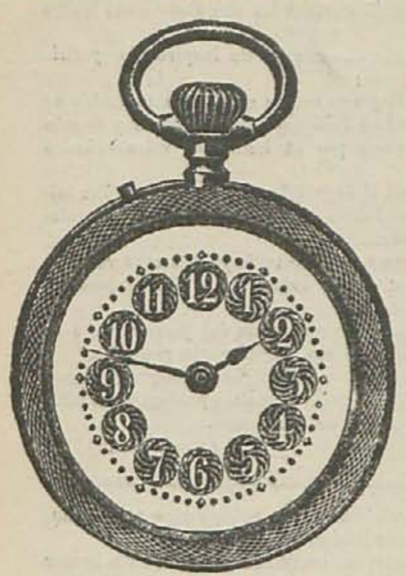
Uno de estos días remitiremos á los expresados señores los premios obtenidos.

Nos felicitamos del éxito obtenido y comunicamos á nuestros suscriptores que tenemos en preparación otro concurso que expondremos á la mayor brevedad.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

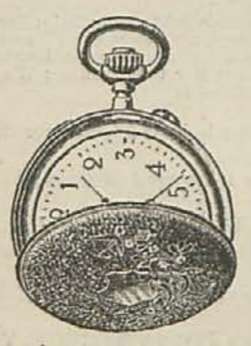
Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior............ **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante)... **18.50** —
Idem de níquel puro. (Idem) **18.50** —

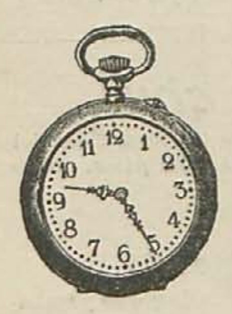
En 4 plazos mensuales.



Reloj de señora, de doble tapa, simil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas.**

Verdadera imitación del reloj de oro, idem en plata, **28 pesetas.** Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas.**

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas.** Idem extraplano, **25 pesetas.** 1.ª clase extra, **30 pts.**

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.

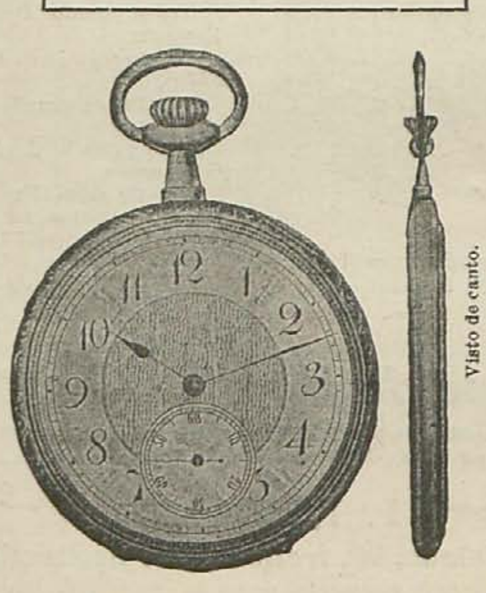


Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59, Madrid.

NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior.*

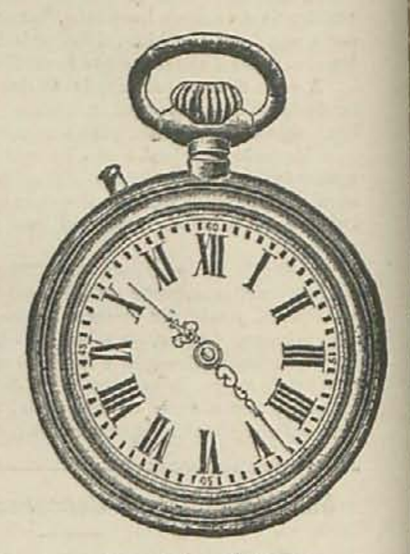
Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata De caja de acero azulado, **40 pesetas.** Caja de plata, rica ornamentación. **45 pesetas.** Idem doble tapa, **62 ptas.**

En 5 plazos mensuales.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

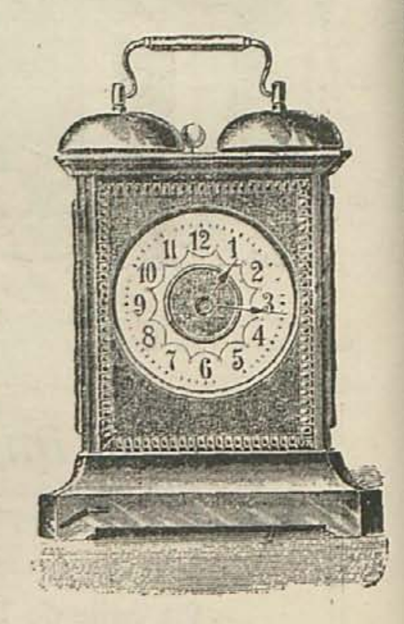
En acero azulado..................	**28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) .	**27** —
Idem grabado (no extraplano).....	**25** —
Idem en plata....	**39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata rica ornamentación ... **45 ptas.**

En 5 plazos.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316